

—Yo no niego nada, señor; pero sí afirmo, que en el estado en que se halla el rey, S. M. no podrá oír sino con un amargo disgusto el objeto que le quereis esponer.

—Vamos! maestro Paré, no soy de esas gentes que se dán para ser guardadas, y haré lo que mas convenga, tan luego como me encuentre suficientemente curado, lo que ya tarda demasiado.

—No habia, pues, modo de obtener otra cosa de aquella mala cabeza: era preciso pagarle porque habia matado, y porque poco habia faltado para matarle. No salia de allí.

Esto, sin embargo, no impedía el que la torre de Nesle fuese con frecuencia teatro de alegres tertulias que en nada contribuian al restablecimiento del herido; pero que le hacian llevar su mal con paciencia. Además, Lamole le tenia al corriente de las intrigas de la corte, las que se intrincaban cada vez mas y mas.

Henrique, rey de Navarra, despues Henrique IV, y el príncipe de Condé que solo escaparon de la matanza de la Saint-Barthélemy abjurando la religion reformada, estaban impacientes por vengarse y aplaudian en secreto los buenos resultados que tenian los hugonotes, esperando solo una circunstancia favorable para unírseles y engrosar sus filas con los numerosos partidarios que tenian en la corte.

En espera, pues, ambos adunaban sus esfuerzos para crearse un punto de apoyo sólido, en el corazon del reino, determinando al duque de Alençon á que se pusiese á la cabeza del movimiento, para lo cual, se habia hecho Lamole el intermediario entre ambos y el duque, de quien como ya lo hemos dicho, era el favorito.

En tal estado se hallaban, pues, las cosas cuando se supo estar prócsima la vuelta del duque de Nevers.

La bella duquesa Henriqueta nada temia, como lo hemos ya visto con monseñor su esposo, quien creía hacer lo que queria cuando obedecia ciegamente los deseos de su muger.

Pero para una muger de aquel temple, un marido, por bueno que fuese, era una cosa mortificante, sobre todo, en la situacion en que se encontraban en la torre de Nesle.

Se suspendieron, pues, las reuniones que, segun Ambrosio Paré y Cosme Ruggieri, retardaban la cura completa del herido.

Pero las intrigas continuaron y Lamole no dejaba de tener á su amigo al corriente de todo, pues se contaba con la intrepidez bien conocida del gentil-hombre gascon, para allanar un gran número de dificultades.

El horizonte se ofuscaba mas cada dia, y la enfermedad del rey empeoraba. Se marchaba á un prócsimo desenlace.

XVIII.

Coconas y Cárlos IX.—Cólera de Coconas y sus consecuencias.—Henriqueta de Clèves y el duque de Alençon.—Cobardía del duque de Alençon.—Catarina de Médicis y el duque de Alençon.

Coconas sanó en fin; ya era tiempo, pues en el mismo dia en que se encontró en estado de poder salir de la torre de Nesle, el duque de Nevers llegaba á Paris.

De ningun modo, pues, hubo conflicto alguno, pues la señora duquesa era maravillosamente hábil para que el caso hubiese llegado; sin embargo, siempre fué un bien que las cosas de por sí se hubiesen arreglado, y la bella duquesa quedó doblemente encantada al ver al amigo de su corazon, en pié, vestido como un príncipe, y de quien el rostro de una palidez mate, habria sido la admiracion de todos los ojos femeninos.

—Cuán bello estás, amigo mio!—decia la duquesa, al componerle los pliegues de su gorguera.—¿Es para mí, no es verdad, que Dios te ha hecho así?

—Sí, para tí, Henriqueta: porque soy tuyo en todo y para siempre. No obstante, me parece que las fuerzas me han vuelto un poco al recordar á monseñor el rey, quien en estos últimos dias, no me ha enviado sus noticias como debia hacerlo. Esta es cuenta que tenemos de arreglar entre él y yo, y lo que es por mi parte lo ecsigiré.

—Amigo mio, no quieras tener ninguna querella.

—Sí, bella amiga. Porque cuál es la razon para que monseñor el rey Cárlos IX no se haya ocupado de mí cual si fuese un mal creyente podrido en la horca de Montfaucon? Antes de sufrir tal ofensa, me haré cortar en pedazos, vive Dios!

—Así, pues, caballero, solo pensais en esa ocurrencia?

—Oh Henriqueta!

—Y sacrificais á vuestro amor propio los que os aman?

—Mi amado bien, yo te conjuro.....

—Y de qué me conjurais, caballero?—replicó friamente la duquesa cambiando de tono:—teneis que pedirme alguna merced?

—Ah! sí, alma querida... te pido, la de que me ames siempre!

—Os he acaso amado?—preguntó ella con un tono á la vez desenvuelto y desdenoso.

—No lo sé, Henriqueta; pero yo lo habia creído.

Y lo creeis aún?

—Sí.

—Mira, Coconas, prométeme no decir ni una palabra de lo pasado, al rey.

—De qué pasado, mi bella duquesa?

—Del tiempo transcurrido despues de la Saint-Barthélemy hasta hoy.

—Imposible, Henriqueta. El rey nuestro señor es muy poderoso, no hay órden dada por él que yo no ejecute al instante, aun la de dar mi vida; pero no se trata de eso, y entre él y yo, hay otra cosa que debatir.

Fué, pues, preciso que la bella duquesa se conformase con lo dicho, pues su hermosa cabeza habria estallado al contacto de aquel cerebro osado que nada podia modificar.

Coconas salió, pues, de aquella torre que le habia sido un tan dulce asilo, y bien vestido, el bigote retorcido y el paso desembarazado como conviene á todo gentil-hombre de Gascuña, se dirigió hácia el Louvre para asistir á la salida del rey.

Habia multitud de cortesanas; pero Coconas no era hombre que se detenía ni hacia caso á ligeras dificultades. El estaba allí, con la pierna tendida, la nariz respirando hácia delante, la pupila en continuo movimiento y yendo incesantemente hácia un punto fijo: el rey.

Y era, porque nada esperaba del rey, pero el rey debia oír sus dolencias y concederle inmediatamente su derecho.

Hubiera sido imposible el hacerle comprender que podia suceder otra cosa.

En tanto, Carlos IX, en quien la sangre estilaba por todos los poros de la piel, salió débil, vacilante, de entre las manos de sus ayudas de cámara para recibir á los cortesanos, de los cuales, algunos de los mas ilustres, le rodearon: despues, hicieron lugar á otros.

Pero ya era mucho para Coconas, que no se encontraba ni en la tercera fila, corriendo así gran riesgo de verse confundido entre la multitud y de no recibir del monarca ni una mirada, ni una palabra.

Para un hombre de aquel temple, la posicion no era de temerse mucho, tampoco la queria guardar él por mas tiempo, y abriéndose paso por entre las filas de cortesanos, que apiñados se encontraban delante de él, llegó hasta el rey y le saludó profundamente.

—Qué es esto?—dijo Carlos.—Qué me quereis?

—Señor,—respondió el gascon levantándose con fiereza,—no hace tan largo

tiempo desde que nos vimos la última vez, para que no podais reconocer al caballero Coconas.

—Coconas!—dice el rey.

—Coconas, señor.

—Ese nombre, en efecto, no nos es inconocible del todo.

—Dios verdadero! lo creo, señor, y el gentil-hombre que le lleva, seria mas fácilmente reconocido de vos, si por... por error, V. M. no le hubiese alojado una bala en la espalda el dia de la Saint-Barthélemy, cuando ese gentil-hombre corria sobre los hugonotes y hasta mas allá de medio rio.

Como despues de aquella horrible jornada, Carlos IX segun lo hemos visto, se hallaba enfermo precisamente á causa de los espantosos relatos que se le habian hecho de los asesinatos cometidos en aquellas horas, no podia soportar que se le hablase una sola palabra de tal suceso. Solo con el nombre del santo de aquel dia nefando, era suficiente á hacerle desfallecer.

—Hasta la mitad del rio?—dijo levantando desdeñosamente el lábio superior.

—Teniais, pues, gran prisa en matar, caballero?

—Tenia prisa, señor, en obedecer las órdenes de V. M. y no me encontraba sin que hacer, pues hasta el rey quiso ayudarme.

—Este hombre está loco!—dijo Carlos dirigiéndose á sus gentiles-hombres.

Esto acabó de escaltar á Coconas, quien por agradar al rey habia degollado á los hugonotes.

No queria quejarse demasiado alto de que una bala real le hiriera en la espalda; pero desconocer tales servicios, tratar con tal desden á un Coconas; esto no lo podia sufrir el gentil-hombre gascon.

—Por mi alma! señor,—esclama,—me habeis roto la espalda torpemente con una bala dirigida á la ventura, y esto es cosa que debeis lealmente reconocer.

—Atrás!—dice el rey volviendo la cabeza hácia atrás.

Coconas calla; pero no se mueve. Se hubiera dicho que esperaba que el rey estuviese solo, para pedirle satisfaccion de aquella injuria, y en verdad era capaz de hacerlo; pero en este momento llega Lamole enviado por la duquesa de Nevers, y abriéndose paso por entre la multitud, llega á su amigo, le toma por un brazo, y le tira de él con dulzura.

—Ah! eres tú, Lamole,—grita el gascon fuera de sí:—pues bien! él no me reconoce ya... á un Coconas!

—Cállate, amigo!

—Que me calle?

—Sí, yo te ordeno callar en nombre de los que te aman... en mi nombre, en nombre de Henriqueta de Clèves.

—Gracias! gracias!... Oh mi siempre amada Henriqueta... Pero no ves, Lamole, que es una gran injuria; injuria que si me es preciso soportar moriré.

—Despues hablaremos de eso.

—Hablemos luego luego, amigo! Es que, no ves, tengo palabras que me que-
man la garganta. Es preciso que hable, que diga á ese querido señor....

Lamole deslizó una de sus manos sobre la boca del escéntrico gascon, y consi-
guió no sin trabajo, sacarlo de las habitaciones reales.

—Gracias, Lamole, gracias!—dice Coconas cuando sintió que el aire libre le
refrescaba la sangre.—Estaba loco, es verdad; pero quién no enloquecería al oír
tales cosas? Oh! me vengaré....No es verdad, amigo; nosotros nos vengarémos?

—Puede ser,—dijo Lamole sonriendo; pero será necesario llegado el caso, te-
ner mas calma de la que tienes.

Oh! tendré calma....seré todo lo que quieras con tal que me vengue.

—Comienza, pues, por callar.

—Por qué?

—Porque entre la amenaza y la venganza hay un mundo.

—No para mí al ménos.

—Para todo el mundo. Cuida de escucharme, Coconas. Te ha tratado el rey
con ultraje?....

—Y me satisfará por ello.

—Muy bien! El rey no te dará satisfaccion; pero podrás hacértela tú mismo.

—Así es como lo entiendo.

—No, tú no lo entiendes así, porque estás acariciando el puño de tu espada,
y no es con la espada con la que puedes vengarte, al ménos por ahora.

—Pues bien, habla, habla, Lamole: mira, me entrego á tí en cuerpo y alma,
con tal que me des el modo para decirle lo que es á ese rey cobarde!

—Quieres callar, desgraciado!

—Que me calle!....Cobarde dije, lo repito, y si te agrada sostener lo contra-
rio.....

—Muy bien! Es conmigo con quien buscas ahora querella?

—No, no, amigo....Vamos, el rey tenia razon en este punto: soy un loco.
Pero es él, el mal señor, quien me ha trastornado la razon.

—Pues bien, si sabes callar, le harémos arrepentirse de ello.

—De veras, Lamole?

—Por mi honor!

—Ah! querido amigo; cuando recuerdo que poco faltó para que te matase!

—E hiciste bien en que poco faltase, porque si no hubiese sucedido así, hoy
estarias en un estado lastimoso.

—Yo?

—Tú!

—Oh! por Dios! Si quieres hacerme adivinar enignas.....

—Enigmas para tí, sí: que quiero que los adivines aquí, no; pero esta tarde,
en la torre de Nesle, te dará la palabra, si eres capaz de oirla.

—Hum! Hay acaso alguna cosa la á cual un Coconas no sea capaz de oír?

—No es eso lo que quiero decir, loco; pero no quiero que Coconas oiga esas
cosas en este lugar.

—A esta tarde, pues.

—A las oraciones.

—Oh! cómo voy á esperarte!

—Tu bella duquesa te hará que el tiempo te parezca corto.

—A propósito....

—Qué?

—Estará acaso la duquesa en el secreto?

—Sin duda, y podrá sernos un gran socorro.

—Escucha, Lamole, no me engañas?

—Estás loco?

—Y me ayudarás á vengarme de ese rey sin corazon?

—Es decir, que tú vas á ser quien nos ayudará á hacerle hacer penitencia.

—Lamole, eres mi salvador!

Y el intrépido gascon se arrojó á los brazos de su amigo, que no hacia mas ca-
so del que debia á tal demostracion, pues estaba acostumbrado á aquel ardiente
humor gascon, el que con frecuencia se encendia muy á menudo demasiado pron-
to, para apagarse demasiado tarde.

Fué, pues, bajo estos términos que se separaron. Coconas volvió á la torre de
Nesle, la cual poco á poco se habia acostumbrado á ver como domicilio, y una
vez en ella, de improviso estalló en imprecaciones contra aquel rey felon que
por recompensa de los servicios que le habia prestado, persistia en atenerse á la
bala que alojó en la espalda de aquel enérgico servidor.

—Sí, mi siempre amada Henriqueta,—decia á la duquesa;—sí, él me ha son-
reido con desden, me ha vuelto las espaldas, y me ha visto con orgullo ese triste
señor, ese rey de hielo á quien con una sola de mis miradas confundiré. Me ha
tratado como á un nada, á mí, á un Coconas amado de la duquesa de Nevers!

—Eh! pobre loco; es acaso hoy desde cuando conoces á nuestro señor Cár-
los IX?

—Creo que sí, alma querida: ántes le habia juzgado demasiado bien....pero,
por mi alma, el querido señor cambiará de tono....

—Silencio!

—Hay acaso alguna persona tan cerca de nosotros para oirnos?

—Amigo, en casos como el presente, para no ser oidos es preciso no hablar.

—Véamos, mi bella duquesa, os entendeis acaso con Lamole para tener el
mismo lenguaje?

—Y cuándo pudo haber sido eso?

—Ah! sí.....sin duda; pero es que, mira, Henriqueta, me parece que yo no
querria que eso sucediese.

—Pues bien, eso no es, zeloso! Solo sé, que Lamole debe comunicarnos una
cosa muy importante esta tarde.

—Sí, muy importante, según dice.

—No adivinas lo que será?

—Bella amiga, soy un muy mal adivino; pero lo que sé, lo sé bien, y nadie me hará salir de mis ideas.

El resto del día fué encantador, pues la duquesa trató de distraer á su amante, á fin de hacerle olvidar su percance, y por eso, la bella Henriqueta lo hacia á las mil maravillas.

En la tarde, despues de las oraciones llegó Lamole; pero contra su costumbre, no acompañaba á Margarita. Es que el diestro cortesano; era mucho mas ambicioso que enamorado, todo lo contrario de su amigo Coconas, que á la vez era escesivamente enamorado, y escesivamente ambicioso.

—Ah!—esclamó el gascon al ver á su amigo,—al fin vamos á saber el gran misterio.

—Puede ser, amigo.

—Cómo! puede ser!

—Sí, porque si esta tarde no eres mas prudente que esta mañana, no sabrás nada.

—Coconas se encolerizó; pero la duquesa le contuvo y Lamole dijo:

—Escuchad, no es una gran gloria el haber muerto á tantas gentes encontradas en sus camas ó sorprendidas sin defensa.

—Hum! Te has pasado á los hugonotes, hijo mío?

—Me he quedado donde estaba, amigo, y si no hice causa comun en esa lúgubre jornada con monseñor el rey, es porque tengo la vista ménos corta que otros, quienes fueron á arrojarse bajo el arcabuz de S. M.

—Vamos, Lamole, vamos, no me enojo contigo por eso, porque es verdad, bien he merecido lo que me pasa.

—Bien! mira como te viene ya la razon.

—La razon, val! es mi elemento!—esclamó Coconas rodeando con sus dos brazos el talle de la bella duquesa.

—Mi señora duquesa,—dijo Lamole sonriendo,—respondeis de él?

—Por mi salvacion, señor.

—No quiero mas y voy á decir el resto. S. M. Carlos IX ha querido estermiar los hugonotes, y eso no está en su derecho.

—Oh!—dice el gascon.

—No estaba en su derecho,—replica Lamole con firmeza,—porque la fé no se dá á alabardazos ó á arcabuzazos.

—Eh! en verdad que es difícil creer que un buen creyente entre así medio á medio de la piel.

—Y despues,—continúa el seductor,—no veis que así el rey se ha puesto á discrecion de los Guisas, los que han hecho una liga?

—Qué!—dice Coconas; ved como cambia singularmente la cuestion: nosotros

hemos matado, por él, él por monseñor el rey, y de ello, nuestra conciencia no puede tener mancha.

—Dios verdadero! Coconas, aquí se trata de otra cosa mayor que la conciencia de un hijo segundo de Gascuña.

—Corriente! Se trata, pues, algo de ménos por eso? Habla, amigo, habla.

—Si quieres que hable, escucha pues, condenado.

—Escucho.

—En verdad?

—Por mi salvacion.

—En el estado actual, es una débil garantía; pero quiero creer.

—Hablarás, pues?

—Bien lo necesito. Véamos, silencio y calma.

—Todo lo que quieras.

—Sí, Lamole,—dice la duquesa, con aire suplicante,—todo lo que querrais con tal que nos digais la verdad entera.

—Oh! señora duquesa, no soy tan mal advertido que os oculte nada. Solo que desde este momento quedais encargada de contener á este loco que siempre quiere pasarse de los límites.

—Yo me callaré,—dice Coconas poniendo la mano sobre sus ojos.

—Oh! tú lo dices,—contesta Lamole;—pero nada creo.

—Me desmientes, vive Dios!

—No lo sé; pero es posible. Eso quiere decir, mal amigo, que no te creo capaz de poner la atencion debida á lo que voy á decirte.

—Es acaso muy grave?

—Se trata nada ménos, querido amigo, que de un cambio de reina.

—Un cambio de reina!—dice la duquesa.—Oh! decid, pues, Lamole, decid, os conjuro á ello.

No necesitaba Lamole ser conjurado, pues ardía en deseos de hacer revelaciones que según pensaba, serian bien acogidas.

—Pues bien, mis queridos hijos,—dice afectando un cierto aire de dominio natural;—voy á deciros todo. Sabeis vosotros ya hasta qué grado el rey nuestro señor, ha abusado en estos últimos dias á monseñores el rey de Navarra y el príncipe de Condé?

—Sí, en verdad,—dice Coconas.

—Y para hacerlo, el dicho señor no tenia ningun derecho,—dice Lamole.—Carlos IX, quien jamas ha sabido decir un padre nuestro por entero, es acaso tan gran clérigo para poder decidir así los negocios de conciencia?

—Sin embargo,—esclamó Coconas,—es una cosa cierta que los hugonotes serán condenados.

—Y cómo se puede asegurar eso, amigo?

—Es que.....yo no sé; pero no cabe duda que son compadres del diablo, pues esto todos lo dicen á una voz.

—Pues bien, Coconas, á esa voz única, la mía se unirá para hacer así dos y en ello no seré muy temerario, pues ya vemos las gentes *de la religion* tomar las ciudades y batir las tropas del rey.

—Acaba, pues, amigo, porque así me tienes sobre ascuas ardientes.

—Pues amigo, habiendo sido tan rudamente ajados el rey de Navarra y el príncipe de Condé, intentan vengarse.

—Verdadero Dios! Escucho bien!

—Muy bien! pero hablo del rey de Navarra y el príncipe de Condé; despues, voy á hablar de otro, á saber, del duque de Alençon.

—Oh!—dice la condesa de Nevers,—si tenemos al duque de Alençon!.....

—Es nuestro, mi señora duquesa; no se trata de otra cosa que de tomarlo.

—Pues bien! lo tomaremos,—dice Henriqueta lanzando á Coconas una mirada de amor.

Y mantuvo su palabra la bella duquesa, es decir, que desde aquel momento, no perdió nada para hacerse amar del duque de Alençon, y ampararse de su espíritu. Esto era cosa fácil, sobre todo. Aquel pobre príncipe, no teniendo ni fuerza, ni voluntad, se hallaba á merced de la primera inteligencia que quisiese hacerse de él. Fué, pues, cosa fácil para Henriqueta de Clèves que era la mujer mas seductora de la corte.

Tambien es preciso decir, que se habia entregado sin reserva y con cierto éxito.

Gracias á ella, el duque de Alençon, sin impresiones, y entregándose siempre al último que llegaba, habia tomado al fin una resolucion. El rey de Navarra se constituyó su tutor, y todo fué pronto y formidablemente autorizado para hacer llegar á ese príncipe al trono de Francia.

Los obstáculos eran casi nulos. Cárlos IX se hallaba moribundo; el duque de Anjou, electo rey de Polonia, reinaba en Varsovia.

No habia, pues, para el último hijo de Catarina de Médicis mas que pequeños obstáculos que vencer para llegar al trono de Francia, el cual la muerte iba á dejar vacante.

Jamas otra conjuracion habia sido mejor preparada, ni reposada sobre las bases mas sólidas. El rey de Navarra habia hecho maravillas: un número considerable de señores habian respondido á su llamado y estaban listos á tomar las armas.

No habia, pues, mas que hacer para el duque de Alençon, que montar á caballo y decir: Yo soy el rey!

Pero para decir eso, es preciso una terrible voluntad y pocos son los dotados de ella.

Cómo, pues, ese pobre príncipe la podia tener, cuando al menor ruido temblaba.

Todo estaba listo: la duquesa de Nevers se hallaba sentada al lado del jòven príncipe, en cuya alma se esforzaba en vano en introducir algun ardor.

—Querido señor,—le decia ella, apretando con sus divinas manos la del jòven príncipe:—vais á ser rey y me será muy dulce el ser vuestra humilde sierva.

—Oh! señora duquesa, las cosas están ya en tal punto?

—Señor, montad á caballo y gritad: *Yo soy el rey!* y de todas partes oiréis salir el grito de: *Viva el rey!*

Esto era verdad, y los sucesos parecian talmente ciertos, que Coconas, y el mismo Lamole, trabajaban casi descaradamente, reclutando partidarios de todas manos.

Qué tenia que hacer el duque de Alençon? Casi nada: montar á caballo, dirigirse á la ciudad cuyo nombre llevaba, y era todo. Allí, una corte se formaria á su redor, su ejército engrosaria, los hugonotes le aclamarían rey de Francia,—y él sería rey!—Por mas que se quiera decir, así es como se han hecho los nuevos reyes, y siempre se harán así.

Pero para hacer un rey es preciso ante todo un hombre de gran corazon, listo á pagar con su persona. Y el duque de Alençon era, como lo hemos dicho, un hombre sin energía, un desgraciado capaz de todas las ambiciones y de todas las bajezas.

Todo estaba listo. Se ensillaba el caballo que debia conducir al duque de Alençon á la ciudad de ese nombre, cuando Catarina de Médicis supo por sus espías que el menor de sus hijos iba á montar á caballo para salir de Paris.

La reina madre conoció que era preciso dar un golpe fuerte: envía al jòven duque, el capitán de sus guardias, llevando la orden á aquel hijo de Francia, de ir á ver á su madre.

El duque de Alençon tenia el pié en el estribo cuando el capitán de las guardias entró.

En el estado en que se hallaba todo, no cabe duda habia llegado el caso en que el duque de Alençon debió cabalgar su caballo y arrimarle las espuelas, así lo habria hecho un hombre de corazon; pero entre el duque de Alençon y un tal hombre, ecsistia una distancia inmensa.

Ese pobre cobarde, al momento de dejar á Paris, sintió desfallecer su corazon, y se detuvo.

—Por Dios! monseñor,—esclama Coconas que le tenia el estribo,—queréis que se nos marque como felones y cobardes?

—Monseñor,—decia por su lado Lamole,—somos vuestros leales servidores y nadie llegará hácia vos con malas intenciones, ántes de quemarnos los huesos.

Y decia verdad en esto el valiente jòven, porque en medio de las intrigas de aquel tiempo, tenia ímpetus de corazon inapreciables, inspiraciones de fraternidad cristiana que se sienten; pero que no se analizan.

A esos gritos tan elocuentes el duque de Anjou se hizo sordo.

Le faltaba corazon. Se hizo llevar á su cama; y allí le fué á encontrar la reina madre sabedora ya de lo principal de la conjuracion.

—Hijo querido,—le dice,—no hagais misterios de lo que pasa: el estado en

que os hallais, es una prueba para nosotros de vuestro arrepentimiento: tampoco queremos castigar mas que á los felones que os han tendido y llevado á tal lazo.

Estas palabras comenzaron á tranquilizar en algo al cobarde príncipe: hizo, pues, revelaciones con las que la conjuracion apareció á Catarina tan formidable, que creyó de su deber tomar medidas extraordinarias.

La corte estaba entónces en San German.

No creyó Catarina bastante seguro aquel lugar: quiso que la corte se trasportase á Vincennes, y se hicieron en consecuencia los preparativos para ello.

Instruido demasiado tarde de la traicion del príncipe real, el rey de Navarra fué arrestado en el mismo instante en que dejaba la corte, y conducido ante la reina madre.

—Yerno,—le dice Catarina,—en estos últimos tiempos habeis hecho un mal juego, y por tanto os perdonamos, así como á nuestro querido hijo el duque de Alençon; pero él no será tal que os dé libertad para comenzar de nuevo la ofensa. Así, pues, vos y nuestro hijo querido el duque de Alençon, montaréis incontinenti en nuestro coche, y nos acompañaréis á donde nos plazca ir.

No habia posibilidad de resistencia: Henrique lo comprendió perfectamente, y se resignó sin pena.

Montó, pues, al coche, volteó cuanto pudo la espalda al duque de Alençon su cuñado, acomodado cerca de él, y llegó así al castillo de Vincennes, lugar de seguridad escogido por Catarina de Médicis.

Henrique hasta entónces no se habia creído realmente prisionero; así, pues, fué para él una gran sorpresa cuando al poner el pié en tierra, se encontró en el patio del torreón rodeado de oficiales que parecían sólo esperar una orden de la reina para ampararse de su persona.

—Qué se quiere de mí, señora?—preguntó volviéndose resueltamente hácia Catarina,—por ventura he caído en un lazo?

—Yerno,—respondió ella: tanto el rey como yo, no queremos mas que vuestro bien así como el de nuestro hijo d'Alençon, y solo hemos tomado algunas medidas, para guardaros cerca de nosotros.

—Lo que quiere decir que estamos prisioneros, replicó Henrique dirigiéndose al duque.

D'Alençon bajó la cabeza y nada respondió: pero la reina replicó:

—Esta os será una prision dulce, yerno, porque aquí tendréis toda libertad y solo veréis rostros agradables al mismo tiempo de que se os hará buena justicia.

Pero aquellas azucaradas palabras no podian disfrazar completamente la verdad. Los príncipes en realidad estaban prisioneros y el duque de Alençon empezaba á arrepentirse de su cobardía, cuando supo que el rey habia nombrado una comision compuesta de Cristóbal de Thou, primer presidente del parlamento, y de otros varios magistrados, para hacer averiguaciones sobre aquel negocio y decidir la suerte de los dos cautivos.

Compareció temblando ante sus jueces; le hicieron saber que su calidad de hermano del rey, le ponía al abrigo de toda violencia, y apenas oyó esto, se confesó culpable, sin que le detuviese el temor de entregar así al verdugo á sus amigos que habia hecho cómplices.

Henrique se manejó de un modo muy distinto.

Dirigiéndose á la reina que estaba presente, le reprochó su doblez, y dijo que estaba decidido á hacerse matar mil veces, ántes que soportar nuevos ultrages de aquella muger que tantos le habia inferido, y que ya una vez habia querido entregarle á los asesinos.

—Yerno,—dice Catarina,—olvidais, segun parece, que es á vos á quien se acusa.

—Nada olvido, señora, y lo que acabo de decir, prueba que todo lo recuerdo. Conozco las tendencias todas de esta intriga; pero por mi alma, no me tendréis á precio tan barato cual esperais.

La reina nada replica, y el interrogatorio cesa; pero desde aquel momento, los príncipes resintieron algo los rigores de la cautividad.

Catarina no ignoraba que el rey de Navarra tenia amigos poderosos, y las amenazas que Henrique algo imprudentemente le hizo, aumentaron sus temores.

Los más formidables de los amigos con quien contaba Henrique, eran los mariscales de Montmorency y de Cossé.

Catarina supo que habian convocado una asamblea de los principales del partido en la que se habia decidido el que, tan luego como muriese Cárlos IX, se haria reconocer al duque de Alençon, y esto era precisamente lo que la reina madre temia, pues solo tenia afeccion en realidad á su hijo Henrique, duque de Anjou y al presente rey de Polonia.

Tenia, pues, que dar nuevos golpes de Estado; pero era preciso para ello mucho tino y circunspeccion.

Catarina los dió perfectamente bien: con el pretexto de la enfermedad del rey, y los deseos que éste manifestaba de ver á su lado á los mariscales, les hizo venir á Vincennes sin desconfianza. Una vez allí, se les alojó en el torreón, donde se les tenia siempre á la vista: tan luego como ellos apercibieron que no estaban libres, demostraron el quererse retirar; pero entónces se les declaró se hallaban prisioneros, y fueron conducidos á la Bastilla.

Faltaban pruebas contra los mariscales, que nada habian emprendido contra el rey y solo se habian ocupado de eventualidades.

Cárlos IX, cada vez mas enfermo, se hallaba cansado de tantas intrigas.

—No veis, señora madre mia,—decia un dia á Catarina, que por quererme guardar tanto, me quitais todos mis amigos? El mariscal de Montmorency no puede ser mi enemigo, y en todo ese negocio que vos haceis tan grande, yo solo veo, palabras imprudentes. Debo, pues, no tener un momento de reposo? Es mi voluntad que eso concluya prontamente.

La reina madre no podia confesar á Cárlos, que en todo aquello trabajaba con

el fin de salvar los intereses de su hijo Henrique, así es, que le era preciso que el rey creyese que existía una conspiración contra su persona, á fin de poder destruir los proyectos de los amigos del duque de Alençon.

Ademas, aquella conspiración existía y tenía por agentes á los gentil-hombres mas activos, como lo eran á Lamole, la duquesa de Nevers y Coconas, capaz de remover cielo y tierra, por hacer caer á aquel rey que con tanta ingratitud le habia tratado.

La cobardía del duque de Alençon, el arresto de los mariscales, del rey de Navarra y del mismo duque de Alençon, no habian hecho en el carácter de Coconas mas que irritarlo.

En vano Lamole le manifestaba la necesidad de ser muy reservado en aquellos momentos, la necesidad de hacerse muerto en espera de una ocasión favorable para reanudar los hilos medio rotos de la intriga: el gascon no tenia humor para sufrir que las cosas languidciesen por mucho tiempo.

—Nadie podía prever lo que ha sucedido,—decía Lamole:—y es tan difícil ocultar cualesquiera cosa á los ojos de esa endiablada reina madre!

—Y á pesar de ello,—decía Coconas,—esa muger solo ha hecho cobardes, traidores, hombres bajos! . . .

—Eso es mucho decir, amigo: el duque de Alençon ha sido débil, convengo; pero solo fué cuando se vió descubierto.

—Bien, es decir que dejó de ser valiente cuando vió el peligro; y esto es cabalmente lo que yo quiero decir.

—Es preciso no escasajerar, Coconas; los príncipes no pueden parecerse completamente á los demas hombres.

—Verdaderamente! pero eso ya lo sabia.

—Sí; pero hay otras cosas que ignoras y que yo sé, yo!

—Respecto á tu príncipe!

—Sí, á monseñor el duque de Alençon.

—Pues bien! tú me dirás todo lo que quieras; pero ese muchacho no tiene mas valor que una niña.

—Te engañas, amigo.

—Es mi opinion personal, y no te obligo á que participes de ella.

—Y yo te digo, que tu opinion no tiene sentido comun.

—Ah! tú dices eso?

—Y lo repetiré cuanto sea necesario.

—Vais á ver que tu duque de Alençon es un César.

—Por qué no?

—Ah! por qué? Es que desgraciadamente para tu príncipe, los Césares no son hechos de la misma pasta que esas mugercillas.

—Te digo que te engañas. Escucha, el mismo duque me decia ayer:

—“Lamole, sé que se me juzga mal, y que la confesion que he hecho á la reina, ha dado margen á que se diga que me ha faltado corazon.”

—“En verdad, monseñor,—le respondi;—yo confieso que las apariencias están contra vos, y que juzgándoos segun ellas . . .

—“Y tú tambien, Lamole, tú me crees un cobarde?

—“Oh! monseñor, Dios me guarde de haceros tal injuria.

—“Sí, sí,—replicó él vivamente:—estoy seguro que tú piensas así, porque como los demas, me juzgas por las apariencias, y se me juzgaria con mas severidad si se supiese todo, porque se ha creído que confesando no he hecho mas que ceder á las solicitudes de la señora reina mi madre, mientras que salió de mí el ir á ella para decirselo todo.

—“Ah! monseñor! es posible que hayais hecho eso?

—Sí, Lamole; lo he hecho, porque sabia que ella lo habia descubierto todo y de ese modo traté de hacerle creer se trabajaba sin mi conocimiento. Mornay, Bui y Guitri, que debian tomar la ciudad de Mantes, habian sido desgraciados en la ejecucion del proyecto: Turenne, una de las mejores cabezas de la empresa, declaró que todo estaba perdido y que mi señora madre habia descubierto el negocio: añadía que solo habia un recurso para los mas comprometidos y éste era el de filiarse en apariencia en el partido de la reina á fin de dar el golpe mas tarde, al momento en que ménos se pensase en él. Esto es lo que él mismo ha hecho, y esto es lo que yo he hecho tambien; pero la hora no está lejos, y en ella me rehabilitaré. Así, pues, si me amas, consérvate listo porque aunque guardado de vista, el rey de Navarra todo lo ha preparado desde aquí.”

—Hé aquí, amigo Coconas, el estado de las cosas: crees aún que el duque de Alençon sea una mugercilla?

—Hum!—murmura el gascon:—eso ya cambia en algo el aspecto de las cosas.

—Y no es todo. Hoy mismo me espera el duque para concluir de arreglarlo todo. Es preciso que tú y la duquesa, estéis esta tarde en la torre. Margarita irá. Yo me les reuniré al dejar al príncipe y llevaré al fisico Cosme, que ya nos ha servido muy bien, y que por su arte, puede hacernos nuevos servicios en esta ocasión.

—Vamos, esto dá un poco de bálsamo al corazon!

—Así, pues, darás aviso de esto á la señora de Cléves.

—Voy á dar el paso á fin de evitar cualquier impedimento.

Y corrió en efecto á la torre de Nesle, haciendo la señal convenida para anunciar su presencia á la duquesa de Nevers, y advertirle habia noticias que poner en su conocimiento.

La bella Henriqueta no se hizo esperar, pues el peligro que habia corrido Coconas, tuvo por resultado, aumentar aún la verdadera pasión que inspiraba.

Ella podía tener y tenia en efecto, como ya lo hemos dicho, otros amoríos; pe-